

Ramón de Villafranca

Una mañana de septiembre de 1968. San Sebastián. Era un trámite realmente insólito, pasar lista a toda una especie de compañía -o batallón- de escritores españoles, larga y valiosa nómina donde los leoneses mandaban mucho: Ramón Carnicer, Victoriano Crémer, Ramón González Alegre, Dámaso Santos, César Aller... El número 33 contestó con su silencio. Pero no era un silencio vacío, expresión del no ser sino una clara presencia, una brisa inefable, un honradísimo rumor que todos sabíamos oír y entender junto a la lluvia dulce que se mezclaba al amargor del mar. Luego hubo una tensa oración interior, todos de pie, todos pensando en aquel número 33, en aquella insignia que llevaba el nombre de Ramón González Alegre, ya huérfana para siempre jamás, sin pecho donde prenderse.

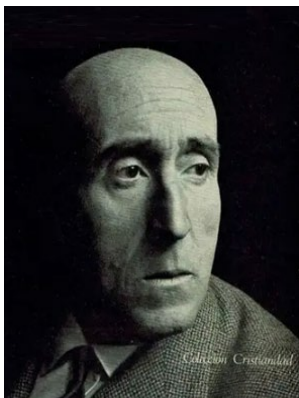
¡Con cuánta ilusión había trabajado Ramón, nuestro Ramón, para la gran cita de San Sebastián! y él, que era un gran escritor de libros, elegía para esta ocasión la defensa de quien da sus mejores pensamientos a este vehículo ligero, incisivo, que es el periódico de cada día.

Ramón trabajaba ahora con una furia que diríamos premonitoria. Él fue siempre, es verdad, un trabajador incansable, como bien revela su obra extensa y madura, pero en los últimos meses de su vida se hostigaba a sí mismo con la dureza de quien necesita llegar a tiempo. Ningún género literario se escapaba a su avidez creadora. Nuevos versos -esto en primer lugar, porque él no cambiaría por nada su esencial condición de poeta lírico-, pero también el teatro, la novela, los viajes que continuaran aquel prodigioso "Libro de los Andares", la crítica y el ensayo... y todo sin pausa, pero también con serenidad, trabajando en la poesía, pero viviendo -sobre todo- la poesía.

Y de esto se nos fue Ramón. Él vivía quemándose, hiriéndose, deshaciéndose en una lucha sin duda superior a las limitaciones del mecanismo físico del hombre. Y quienes lo tuvimos cerca en estos últimos meses de su biografía apretada, sabemos -además- que murió abrasado de bercianismo. El no tuvo jamás vocación de poeta local, sino una inquietud universal que bien clara se nos da en su obra y en sus peripecias viajeras; pero sí sabía que un poeta puede levantar y extender sus ramas hasta el infinito sin que se resientan sus raíces, las profundas bocas por donde se alimenta de su tierra más propia y verdadera.

Y por esto quería estar más que nunca con nosotros. Por esto vino a la fiesta de

la Poesía, en la que sería la última primavera de su existencia corporal, una fiesta que ya no podrá ser olvidada. Luego, el San Antonio, conviviendo, mezclándose amorosamente con el mundo multicolor de la feria. Y el verano en la calle del Agua. Y las lecturas a los amigos, las cartas plenas de amor berciano -que quizá algún día no deban ser tesoro privado-, las conferencias ponferradinas, el Pimiento de Oro... Hasta que el cuerpo dejó de servirle.



Nos faltó Ramón en la ocasión memorable del Padre Sarmiento. En la comida, muy cerca de su amigo el ministro, el protocolo había designado un lugar para el poeta. Fuimos después a verlo, a encontrarnos en la alcoba de su casa solariega, al cabo de los pasillos largos y rumorosos. Hablaba con Burgueño, con Manolo Suárez, con Alberto Álvarez de Toledo, conmigo. "Tienes que comer". Pero él decía que no -y eran ya las seis de la tarde-, que tantas hermosuras como hay que hablar...

Y Ramón nos faltó al Cristo. Y a San Sebastián. Pero ahora ya no faltará más, Para las citas que se anuncian para las asambleas de un tiempo futuro, la pesadumbre del cuerpo no podrá retenerlo. Él va, a estar entre los negrillos del jardín, junto a las mimosas, con los ruseñores. Y no sólo en material condición, de la piedra o del bronce, sino hablándonos las palabras de su poesía, el lenguaje más verdadero.

Antonio PEREIRA